

ENCICLICA "ORIENTALES ECCLESIAS"(*)

(15-XII-1952)

AL EPISCOPADO CATOLICO DE LAS IGLESIAS ORIENTALES PERSEGUIDAS

PIO PP. XII

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

INTRODUCCIÓN

AAS 1. **Solicitud del Papa por las Iglesias**

⁴⁵ **Orientales.** Las Iglesias Orientales, esclarecidas por la doctrina de los Santos Padres, y rociadas por la sangre de los mártires desde tiempos antiquísimos, en edad más reciente, y aún en la nuestra, han sido siempre en modo particularísimo objeto de Nuestra solicitud, como de todos es sabido; en efecto, apenas fuimos elevados, sin mérito alguno Nuestro, por altísimo designio de Dios a la Cátedra del Príncipe de los Apóstoles, hemos dirigido a vosotros Nuestra mente y Nuestro corazón, e incluso a aquellos, *que se encuentran fuera de la Iglesia Católica*⁽¹⁾, y que Nos ardientemente deseamos vuelvan cuanto antes al redil del Padre común, como a morada de sus antepasados⁽²⁾.

⁶ **2. Pruebas de benevolencia e interés de la Iglesia.** Otras pruebas de Nuestra paternal benevolencia os hemos dado en el curso de Nuestro Pontificado. Sabéis, en efecto, que hemos revestido de la dignidad de la Púrpura romana a otro de vuestros Obispos, el Patriarca de los Armenios de Cilicia, y que estamos procurando la codificación de las leyes canónicas que os afectan: obra ésta de grandísima importancia que en parte ya está terminada. Pero no es necesario recordar con más

detenimiento cosas sin duda bien conocidas por vosotros; y por otra parte, haciendo esto seguimos las normas de Nuestros Predecesores⁽³⁾ que desde los primeros tiempos del cristianismo no sólo rodearon de especial afecto a vuestros mayores, sino que les prestaron su ayuda, según las posibilidades, siempre que los vieron atacados por la herejía o gemir bajo el terror y la persecución de los enemigos. Fue así como en virtud de la autoridad apostólica, confiada por el divino Redentor al Príncipe de los Apóstoles y a sus Sucesores, los Romanos Pontífices defendieron la integridad de la doctrina en el I y II Concilio de Nicea, en los Concilios I, II y III de Constantinopla y en los de Efeso y Calcedonia; y cuando una deplorable discordia separó de Roma a gran parte de las Iglesias Orientales, ellos, no sólo lo reprobaron en el Concilio Constantinopolitano IV, sino que trabajaron de todos los modos posibles, para que, por el interés común, la cosa se resolviese felizmente; después de numerosos, laudables y difíciles esfuerzos se llegó a ésto en el Concilio de Florencia, aunque contra las aspiraciones de todos los buenos, las resoluciones tomadas no fuesen después puestas en práctica. Cuando posteriormente las regiones orientales fueron invadidas por nuevos pueblos, que devastaron

(*) A. A. S. 45 (1953) 5-14 Versión de la Oficina de Prensa del Vaticano.

(1) Véase Pto XII, Radiomensaje desde la Capilla Sixtina *Dum gravissimum*, 3-III-1939; A. A. S. 31 (1939) 86.

(2) Ver Pto XII, Encíclica *Summi Pontificatus*, 20-X-1939, A. A. S. 31 (1939) 418-419; el texto español está en A. A. S. 31, 514; en esta Colección: Encicl. 173, 6, p. 1536; y Encíclica *Mystici Cor-*

poris, 29-VI-1943, A. A. S. 35 (1943) 242-243; en esta Colección: Encicl. 177, 84, pág. 1619.

(3) Ver Pto XI, Encíclica *Rerum Orientalium studii*, 8-IX-1928 sobre el fomento de los estudios orientales; A. A. S. 20 (1928) 277-288; en esta Colección: Encicl. 143, pág. 1129-1136.

también los Sagrados Lugares de Palestina, consagrados por la sangre divina de JESUCRISTO, entonces los Romanos Pontífices estimularon a los Príncipes cristianos a la gran empresa de la defensa de la Religión. Ni esta diligente solicitud y esta benevolencia de Nuestros Predecesores para con vuestros compatriotas se han enfriado o venido a menos en nuestros días; parece por el contrario que han ido siempre aumentando. Como sabéis, en efecto, muchos fueron enviados a vosotros por la Santa Sede para dar a conocer la doctrina católica y para convencer a todos a volver a la tan deseada unidad de fe y de gobierno; aquí después, junto a la Sede de PEDRO, fue instituida una Sagrada Congregación, con el fin de regular los intereses y los ritos de las Iglesias Orientales; como también fue fundado un Instituto de Estudios Orientales con el fin de cultivar y promover, con toda diligencia, el justo conocimiento de vuestras cosas.

3. Objeto de la Encíclica: las persecuciones. Pero al presente, por desgracia, otros motivos reclaman Nuestros cuidados y Nuestra solicitud. En efecto, también en muchas regiones, donde rige particularmente el rito oriental, se ha desencadenado una nueva tempestad, que amenaza perturbar, devastar y destruir miserablemente florecientes comunidades cristianas. Si en los tiempos pasados era impugnado algún dogma particular de la doctrina católica, hoy al contrario, como véis, se va temerariamente más allá, y se procura borrar del consorcio civil, de las familias, de la Universidad, de la escuela y de la vida de la población todo aquello que es divino o que dice relación con la divinidad, como si se tratase de cosas quiméricas y nefastas, y se conculcan derechos, instituciones y leyes sagradas.

4. Motivo de mayor amor. Por esto cuanto mayor y más grave es el cúmulo de males, que oprimen una parte selectísima de la cristiandad, tanto mayor, Venerables Hermanos, es Nuestra benevolencia para con vosotros, tanto

mayor el amor paternal que os tenemos a todos.

5. El Papa se compadece de los sufrimientos. Y en primer lugar queremos que sepáis de modo clarísimo que vuestros dolores y vuestros lutos Nos los consideramos como Nuestros, y nada deseamos más ardientemente que llevar algún consuelo a vuestros sufrimientos, sobre todo con Nuestra oración y la de todos los cristianos por aquellos que son perseguidos a causa de haber defendido como era necesario, la Religión católica y sus sagrados derechos. Sabemos que son muchísimos los cristianos de rito oriental que lloran hoy amargamente al ver a sus Obispos muertos, dispersos o impedidos de poder dirigir la palabra libremente a su grey y ejercer sobre ellos, como conviene, su autoridad; al ver no pocos de sus templos destinados a usos profanos en el más triste abandono; al saber que ya no pueden alzarse de estos templos las voces de los que rezan maravillosamente moduladas según las normas de vuestra liturgia, con el fin de hacer descender el rocío de las gracias divinas para elevación de la mente, consuelo de los corazones, remedio de tan gran cúmulo de males.

6. Describense los padecimientos. Tenemos noticia de que muchos de vuestros compatriotas son relegados a las cárceles y a los campos de concentración, o, si viven en sus casas, no pueden ejercer aquellos sacrosantos derechos que les corresponden; es decir, no sólo el derecho de profesar su fe en el íntimo santuario de la propia conciencia, sino también el de poderla enseñar abiertamente, defenderla y propagarla, en el ámbito familiar, para la conveniente educación de los hijos, y en la escuela para la recta formación de los alumnos.

7. La resistencia de los cristianos. Conocemos también cómo los hijos de la Iglesia Oriental, hermanados con los fieles de rito latino, juntos sopor-
tan con fortaleza los dolores de estas

persecuciones, y juntos también son partícipes del martirio, del triunfo y de la gloria. En efecto, con ánimo heroico perseveran en su fe; resisten a los enemigos del cristianismo con la misma invicta fortaleza con que en otros tiempos resistieron vuestros antepasados; elevan sus oraciones al Cielo si no públicamente al menos en privado; permanecen fielmente unidos con el Romano Pontífice y con sus Pastores; veneran también de modo particular a la Bienaventurada Virgen MARÍA, Reina amorosísima y poderosísima del Cielo y de la tierra, a cuyo Corazón Inmaculado los hemos consagrado. Todo ello es sin duda señal de una cierta victoria en el porvenir, de una victoria, sin embargo, que no nace de la sangre de los hombres que luchan entre sí, que no es alimentada por un desenfrenado deseo de poder terreno, sino que se funda sobre la conveniente y legítima libertad; sobre la justicia, practicada no sólo de palabra sino también con hechos, para con los ciudadanos, los pueblos y las naciones; sobre la paz y la caridad fraterna, que una a todos con vínculos de amistad; ante todo sobre la Religión, que ordene rectamente las costumbres, modere las aspiraciones privadas, poniéndolas al servicio del bien público, levante las mentes al cielo, y, finalmente tutele la conveniencia civil y la paz de todos.

8. **Trato indigno.** Esto constituye el objeto de Nuestra más viva esperanza; entre tanto, sin embargo, las noticias que Nos llegan son tales, que hacen más ⁹acerbo Nuestro dolor. Día y noche con paternal solicitud Nos volvemos Nuestra mente y Nuestro corazón a aquellos, que Nos han sido confiados por mandato divino⁽⁴⁾, y que sabemos han sido tratados en algunos lugares de una manera tan indigna, que se les ha hecho objeto de calumnia, por su firme adhesión a la fe católica, y se les ha privado de sus legítimos derechos, no excluidos a veces ni siquiera aquellos tan impresos en la naturaleza humana, que si vienen a ser conculcados con la

violencia, con el temor, o con cualquier otro medio, sufre menoscabo la dignidad misma del hombre.

9. **En Bulgaria.** Entre estas tristísimas noticias llegadas a Nos, hay una que en estos últimos tiempos Nos ha herido más dolorosamente que ninguna otra, y no solamente a Nos y a todos los cristianos, sino también a todos los que tienen en honor, la dignidad y la libertad de los ciudadanos; Nos referimos a *Bulgaria*, donde existía una pequeña, pero floreciente, comunidad de católicos y donde una terrible tempestad ha sembrado tristes lutos en la Iglesia. Con los acostumbrados métodos de acusación, a los ministros de Dios les han sido imputados crímenes públicos; entre éstos Nuestro Venerable Hermano EUGENIO BOSSILKOFF, Obispo de Nicópolis, ha sido condenado a la pena capital, con otros tres sacerdotes colaboradores suyos en el ministerio pastoral. Además, otros no pocos están ya en la cárcel o se encuentran en los campos de concentración, y a ellos se une una multitud de católicos castigados de diversas maneras, y por esto condecorados con la misma palma y con el mismo honor. Nos, por deber de conciencia, elevamos Nuestra protesta por todo esto, mientras denunciemos a la cristiandad entera la injuria cometida contra la Iglesia. En realidad, éstos, precisamente porque no sólo profesan la Religión católica, sino que han trabajado con intrepidez por defenderla abiertamente, han sido tenidos como enemigos del Estado, siendo así que a nadie son inferiores en el amor a la patria, en el respeto a la autoridad pública, y, finalmente, en la observancia de las leyes, siempre que éstas no estén en contradicción con el Derecho natural, con el divino o el eclesiástico.

10. **Rumania, Ucrania y otros países.** Esto que ha sucedido especialmente en estos últimos tiempos en Bulgaria desdichadamente acontece ya desde tiempo ha en otros pueblos en que florece la Iglesia de rito Oriental, es decir, en el

(4) Ver Juan 21, 15-17.

el pueblo de *Rumania, Ucrania* y otros países. Por lo que se refiere a la primera nación de la cual hemos hecho mención, con una Carta Apostólica de marzo pasado⁽⁵⁾, ya hemos manifestado Nuestras sentidas quejas por tantas calamidades como han sufrido los fieles de vuestro rito y los del rito latino y les hemos exhortado a perseverar con invicta constancia en la Religión de los mayores.

Ahora, volvemos afligidos Nuestra atención a otro pueblo, siempre por Nos tan querido, es decir, al pueblo de *Ucrania*, al cual pertenecen no pocos fieles que miran a Roma con sumo anhelo e inmenso amor, y veneran esta Sede Apostólica como centro de la Religión cristiana y maestra infalible de verdad, por mandato de JESUCRISTO⁽⁶⁾. Con gran dolor sin embargo hemos sabido que éstos ya desde hace tiempo sufren no menores persecuciones, y están en una condición no menos desventurada que aquella en que se encuentran aquellos pueblos de que antes, Venerables Hermanos, os hemos hablado.

11. Especialmente Kiev. De modo particular queremos recordar, pues, a los Obispos que fueron conducidos a la ciudad de Kiev, donde fueron procesados y condenados a penas diversas; la ciudad de Kiev hemos dicho, que un tiempo fue el centro de irradiación del Cristianismo en toda aquella región. Algunos de éstos ya encontraron gloriosa muerte y por esto, como es de esperar, desde la sede de su bienaventuranza celestial, vuelven su mirada con vivo amor a los hijos y compañeros de lucha y piden para ellos la poderosísima ayuda de Dios.

12. Deportaciones. Por otra parte no podemos pasar en silencio a aquellos fieles de rito latino y oriental, que después de ser arrancados de su región y de sus hogares y deportados a tierras desconocidas y lejanas, allí se

encuentran privados de sus legítimos sacerdotes, que puedan consolarlos, ayudarlos, dirigirlos y distribuirles los consuelos celestiales de la Religión.

13. Dolor y consuelo. Todo esto es para Nos motivo de un dolor tan acerbado que no podemos contener las lágrimas, mientras pedimos al Dios clementísimo y Padre de las misericordias que quiera iluminar benévolamente a los responsables de una situación tan triste, y quiera del mismo modo poner fin a tantos males.

Sin embargo, Venerables Hermanos, en medio de tantas y tan grandes calamidades como hacen sufrir Nuestro y vuestro corazón, podemos sacar algún motivo de consuelo de las noticias que han llegado hasta Nos. En efecto Nos es conocido que aquellos que se encuentran en tan deplorables y crílicas condiciones permanecen firmes en su fe con tan intrépida constancia que despiertan Nuestra admiración y la de todos los buenos. A todos ellos, pues, llegue Nuestra alabanza paternal, que aumente y corrobore cada vez más su fortaleza; y estén firmemente persuadidos que Nos, como Padre común a quien *la solicitud de todas las Iglesias*⁽⁷⁾ mueve y *la caridad de Cristo apremia*⁽⁸⁾, elevamos cada día fervientes súplicas para que el reino de JESUCRISTO, portador de paz a las almas, a los pueblos y a las naciones, triunfe en todas partes.

14. Situación de los sacerdotes. Ante el triste espectáculo de tantos males como han afligido no solamente Nuestros hijos seglares, sino sobre todo los revestidos de la dignidad sacerdotal, precisamente para que se cumpliera aquello que se dice en la Escritura: *Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño*⁽⁹⁾ no podemos menos de recordar a todos que a través de los siglos, no sólo en los pueblos civilizados sino también en los pueblos bárbaros, los sacerdotes, en cuanto *mediadores*

(5) Pío XII, Carta Apostólica al Clero y pueblo de Rumania *Veritatem facientes in Caritate*, 27-III-1952; A. A. S. 44 (1952) 249-253.

(6) Véase Mat. 16, 18-19; Juan 11, 15-17; Luc.

22, 32.

(7) II Corint. 11, 28.

(8) II Corint. 5, 14.

(9) Mat. 26, 31; véase Marc. 14, 27; Zacar. 13, 7.

entre Dios y los hombres⁽¹⁰⁾, han estado siempre rodeados de la debida veneración. Cuando, después, el Divino Redentor, ahuyentadas las tinieblas del error, nos ha enseñado las verdades celestiales, y ha querido por suma benevolencia hacernos partícipes de su sacerdocio eterno, entonces esta veneración creció mayormente, tanto que los Obispos y los sacerdotes han sido considerados como padres amorosísimos, de nada deseosos fuera del bien común del pueblo a ellos confiado.

Sin embargo, el mismo Divino Redentor lo había dicho: *No está el discípulo sobre el maestro⁽¹¹⁾; si a mí me han perseguido también os perseguirán a vosotros⁽¹²⁾; Bienaventurados seréis cuando os ultrajen y persigan y digan mintiendo de vosotros todo mal por causa mía. Alegraos y gozaos porque grande será vuestra recompensa en los cielos⁽¹³⁾*.

No hay, pues, por qué maravillarse si en nuestros días, tal vez más que en los siglos pasados, la Iglesia de JESUCRISTO y en modo particular sus ministros sufren persecuciones, mentiras, calumnias y aflicciones de todo género; pongamos más bien nuestra esperanza en El, que si ya ha predicho las futuras calamidades, quiere todavía animarnos con estas palabras: *En el mundo tendréis que sufrir; pero tened ánimo, yo he vencido al mundo⁽¹⁴⁾*.

15. No temáis; suplicad. Por esto, esté lejos de vosotros, Venerables Hermanos, todo abatimiento. Como vuestros antepasados superaron tantas dificultades, insidias, peligros, combatiendo con heroica fortaleza hasta el martirio, así también vosotros que pertenecéis a la Iglesia Oriental, junto con los fieles de rito latino, con la ayuda de la gracia celestial, no temáis; pero al mismo tiempo suplicad al Señor y a su amorosísima Madre por aquellos sobre todo que se encuentran hoy en mayor peligro, para que sean revestidos de cristiana fortaleza, y para que todos

finalmente comprendan, lo que por otra parte es más claro que la luz del sol, que *las armas de nuestra milicia no son carnales, aunque ciertamente poderosas delante de Dios⁽¹⁵⁾*, y que la Iglesia no busca el poder temporal, sino la salvación eterna de las almas, no tiende insidias a los gobernantes, sino que, por medio de las enseñanzas del Evangelio, que son aptas en sumo grado para formar excelentes ciudadanos, refuerza los fundamentos mismos de la sociedad humana.

16. Los libres promuevan el bien común y la paz. Por esto si ella puede gozar de la libertad que le ha sido concedida por el mismo Dios, y si puede desarrollar públicamente su energía y mantener el ejercicio de sus propias actividades abiertamente en medio del pueblo, sin duda podrá contribuir mucho a promover el bien común, a acercar a las diversas clases de ciudadanos en la justicia y en la concordia y a conducir a todas las gentes a aquella verdadera paz y tranquilidad, que, como ¹³ está en las aspiraciones de todos, así debe estar en la voluntad de cada uno.

17. Los perseguidos ofrezcan oraciones y dolores. Para obtener estas cosas deseamos, Venerables Hermanos, que mandéis se hagan públicas plegarias y que exhortéis a los fieles que os están confiados a añadir también obras de penitencia, con que se haga propicia la divina majestad, ofendida con tantas injurias. Recuerden todos las palabras de la Sagrada Escritura: *...Pedid por aquellos que os persiguen y os calumnian⁽¹⁶⁾; ...los miembros tengan todos el mismo cuidado uno por otro. Y, si sufre un solo miembro sufren con él todos los miembros⁽¹⁷⁾*. Es necesario, pues, imitar el ejemplo del Divino Redentor, que en medio de acerbos dolores, desde lo alto de la Cruz, exclamó: *Padre, perdónales porque no saben lo que hacen⁽¹⁸⁾*. Se necesita también *completar lo que falta a los padecimientos*

[10] Véase I Timot. 2, 5.

[11] Mat. 10, 24.

[12] Juan 15, 20.

[13] Mat. 5, 11-12.

[14] Juan 16, 33.

[15] II Corint. 10, 4.

[16] Mat. 5, 44.

[17] I Corint. 12, 25-26.

[18] Luc. 23, 34.

de Cristo, en nuestra carne, en favor del cuerpo de Cristo que es la Iglesia⁽¹⁹⁾; por eso no sólo debemos pedir a Dios por los hijos y los hermanos que sufren, sino también ofrecerle con gusto nuestras voluntarias penitencias y nuestros dolores.

18. A Nuestras plegarias y obras de penitencia. Por aquellas innumerables legiones de personas, que en dichas regiones sufren enfermedades, dolores y angustias, o se encuentran en la cárcel, si no podemos poner en práctica las palabras de Jesús: *estaba enfermo y me visitasteis; estaba en la cárcel y vinisteis a verme*⁽²⁰⁾, sin embargo alguna cosa podemos hacer: esto es, con nuestras oraciones y obras de penitencia podemos impetrar del Dios misericordiosísimo que envíe sus ángeles consoladores a aquellos hermanos e hijos Nuestros que sufren, e igualmente quiera concederles copiosísimos dones celestiales, que consuelen y fortalezcan sus ánimos y los eleven a las cosas celestiales.

19. Misas y Comuniones. De un modo particular deseamos, pues, que todos los ministros del altar, que pueden ofrecer a diario el Sacrificio Eucarístico, se acuerden de aquellos Obispos y sacerdotes, que, lejos de sus Iglesias y de sus fieles, no tienen la posibilidad de acercarse al altar para celebrar el divino Sacrificio y nutrirse a sí mismos y a los propios fieles de aquel manjar divino del que nuestras almas sacan una dulzura que supera todo deseo y reciben la fuerza que conduce a la victoria. Estrechados entre sí en fraternal unión, hagan esto también los fieles, que participan de la misma mesa y del mismo sacrificio: de modo que en todas las

partes de la tierra y en todos los ritos que constituyen el ornamento de la Iglesia, se eleven unánimes a Dios las voces de aquellos que rezan para impetrar la divina misericordia en favor de estas afligidas comunidades cristianas.

20. El Octavario mundial de oraciones. Ya que en el próximo mes de enero se celebrará, como es costumbre, en muchos lugares el octavario de oraciones por la unidad de la Iglesia, Nos parece que especialmente en aquella circunstancia, se suplique encarecidamente a Dios, no sólo para que se verifique cuanto antes el deseo del Divino Redentor: *Padre Santo, guarda en tu nombre a aquellos que me has dado, para que sean una sola cosa como nosotros*⁽²¹⁾; sino también para que se abran las cárceles y se suelten las cadenas que hoy afligen miserablemente a tantos, por haber tratado de defender heroicamente los derechos y las instituciones de la Religión; y para que la verdad cristiana, la justicia, la concordia y la paz, que son los supremos bienes de todos, triunfen en todas partes.

21. Bendición Apostólica. Como presagio de esto y como prenda de Nuestra paternal benevolencia, con efusión de corazón impartimos a vosotros, Venerables Hermanos, a la grey confiada a vuestros cuidados, y, en particular modo, a aquellos que están en estas difíciles condiciones, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 15 de Diciembre de 1952, año 14 de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA XII.

(19) Véase Colos. 1, 24

(20) Mat. 25, 36.

(21) Juan 17, 11.